

LA RUEDA DEL TIEMPO

❄️ ⚔️ 6 ⚔️ ❄️

EL SEÑOR DEL CAOS

ROBERT JORDAN



minotauro

LA RUEDA DEL TIEMPO



EL SEÑOR DEL CAOS

ROBERT JORDAN

minotauro

Título original: *The Lord of Chaos*

© Robert Jordan, 1993

Traducción: © Mila López

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Mapa: Ellisa Mitchell
Ilustraciones de interior: Matthew C. Nielsen y Ellisa Mitchell

ISBN: 978-84-450-0705-1
Depósito legal: B. 5.244-2020
Preimpresión: gama, s.l.
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



EL LEÓN EN LA COLINA

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las colinas de Cairhien. El viento no fue un inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el oeste sobre granjas y pueblos abandonados, muchos reducidos a montones de cenizas y vigas carbonizadas. La guerra había castigado duramente a Cairhien; la guerra y el conflicto civil, la invasión y el caos, e incluso ahora que eso había terminado, en la medida en que podía decirse tal cosa, sólo unos cuantos empezaron a regresar a sus hogares. El viento era seco, y el sol parecía empeñado en agostar lo poco que quedaba en los campos. Allí donde la villa de Mae-rone se alzaba enfrente de la más grande Aringill, en la orilla opuesta del río Erinin, el viento cruzó hacia Andor. Las dos poblaciones se achicharraban bajo el sol, y, si bien se alzaban más plegarias pidiendo lluvia en Aringill, donde los refugiados de Cairhien se apiñaban dentro de las

murallas como peces dentro de un tonel, incluso los soldados amontonados alrededor de Maerone dirigían preces al Creador, a veces aturridos por la embriaguez y a veces con fervor. El invierno tendría que haber empezado a envolver la tierra con sus gélidos zarcillos, las primeras nieves deberían haber llegado mucho tiempo atrás, y los que ahora sudaban tenían miedo del motivo de que no hubiese ocurrido así, si bien eran pocos los que se atrevían a manifestar en voz alta esos temores.

El viento sopló hacia el oeste, agitó las hojas marchitas de los árboles y rizó la superficie de los menguados arroyos flanqueados por barro recocado. En Andor no había ruinas calcinadas, pero los pueblerinos observaban el hinchado sol con inquietud y los granjeros intentaban no mirar los campos que no habían producido cosechas otoñales. Sopló hacia el oeste hasta pasar sobre Caemlyn e hizo ondear los dos estandartes del Palacio Real, en el corazón de la Ciudad Interior construida por los Ogier. Una de las banderas era roja como la sangre, con un círculo dividido por una línea sinuosa, una mitad blanca y la otra negra. La otra bandera flameaba en el cielo blanca como la nieve. En ella había bordada una figura semejante a un reptil de cuatro patas, crin y ojos dorados y cubierto de escamas escarlatas y oro que parecía cabalgar al viento. Difícil afirmar cuál de las dos despertaba más temor. A veces, el mismo pecho que albergaba el miedo también abrigaba esperanza. La esperanza de salvación y el miedo a la destrucción, nacidos en la misma fuente.

Muchos decían que Caemlyn era la segunda ciudad más bella del mundo, y no lo afirmaban sólo andoreños, quienes a menudo la colocaban la primera, superando a la mismísima Tar Valon. Altas torres redondas se elevaban a intervalos a lo largo de la gran muralla exterior de piedra gris con vetas blancas y plateadas, y en el interior se erguían torres aun más altas, y cúpulas blancas y doradas que resplandecían bajo el implacable sol. La ciudad se extendía sobre colinas en la zona central, la parte más antigua de la Ciudad Interior, rodeada por su propia muralla blanca y brillante, con sus propias torres y cúpulas púrpuras, blancas y doradas y relucientes mosaicos que se asomaban a la Ciudad Nueva, la cual contaba sus buenos dos mil años.

Al igual que la Ciudad Interior era el corazón de Caemlyn, y no sólo por ser su centro geográfico, el Palacio Real era a su vez el corazón de la Ciudad Interior, unas esbeltas torres, blancas como nieve, y las cúpulas doradas y los trabajos de piedra tallada tan delicados como un encaje que parecían salidos del cuento de un juglar. Un corazón que latía a la sombra de esos dos estandartes.

Desnudo de cintura para arriba y manteniendo fácilmente el equilibrio sobre las punteras de los pies, en este momento Rand era tan incons-

ciente de encontrarse en el patio de baldosas blancas de palacio como de los espectadores que observaban desde las columnatas que lo rodeaban. El sudor le pegaba el pelo en el cráneo y le corría por el torso. La rosácea cicatriz a medio curar de su costado le dolía terriblemente, pero él rehusaba darse por enterado. Unas figuras iguales a la del estandarte blanco que ondeaba en lo alto se enroscaban en sus antebrazos y emitían un brillo metálico, rojo y dorado. Los Aiel los llamaban dragones, y otros empezaban a adoptar ese apelativo al hablar de ellos. Rand era vagamente consciente de las garzas marcadas en sus palmas, pero sólo porque las notaba contra la larga empuñadura de la espada de prácticas hecha de madera.

El arma y él eran una sola cosa, de manera que Rand pasaba de una posición a otra sin pensar, mientras sus pies se desplazaban suavemente sobre las baldosas del suelo. *El león en la colina* dio paso a *Arco de luna*, que a su vez se convirtió en *Torre de la mañana*. Sin pensar. Cinco hombres sudorosos, con el torso al aire, lo rodeaban y esquivaban cautamente pasando de posición a posición a la par que blandían las espadas de práctica. Rand sólo era consciente realmente de esos hombres. Con rostros severos que traslucían seguridad en sí mismos, eran los mejores que había encontrado hasta ahora. Los mejores desde que Lan se había marchado. Sin pensar, como Lan le había enseñado. Era uno con la espada, con los cinco hombres.

Inesperadamente se movió hacia adelante con rapidez, y los hombres que lo rodeaban se desplazaron al instante para mantenerlo dentro del círculo. Justo en el momento en que el equilibrio parecía a punto de romperse, cuando al menos dos de los cinco hombres habían empezado a moverse con tal propósito, de pronto Rand giró sobre sí mismo y se desplazó en dirección contraria. Ellos intentaron reaccionar, pero era demasiado tarde. Con un sonoro impacto paró el golpe descendente de una espada de práctica interponiendo su propia arma; de manera simultánea su pie derecho asestó un punterazo en el vientre del hombre de pelo canoso que estaba más cerca, quien se dobló por la mitad al tiempo que exhalaba un gruñido. Manteniendo las espadas trabas, Rand obligó a su oponente, que tenía la nariz rota, a girar y descargó otra patada al hombre doblado mientras realizaba el giro. El tipo canoso se desplomó, boqueando para coger aire. El adversario de Rand intentó recular para utilizar su espada, pero esa maniobra dejó libre el arma de Rand para hacer un movimiento envolvente en torno a la de él —*La parra enroscada*— y arremeter después con fuerza contra su pecho, lo suficiente para hacerlo caer.

Sólo habían transcurrido unos segundos, tan breves que sólo ahora los tres restantes empezaban a acercarse a él. El primero, un hombre bajo y robusto, muy rápido, lanzó un grito y, en contra de lo que podía

esperarse de su corta estatura, saltó por encima del tipo de la nariz rota mientras éste se desplomaba. La espada de prácticas de Rand se interpuso en su camino a la altura de las espinillas, medio tumbándolo, y a continuación se descargó sobre su espalda y lo derribó sobre las losas del pavimento.

Sólo quedaban dos, pero eran los dos mejores, un tipo flexible como una vara verde cuya espada se movía como la lengua de una serpiente, y un hombretón fornido, con la cabeza afeitada, que jamás cometía un error. Se separaron de inmediato para atacarlo por dos flancos, pero Rand no esperó. Se acercó velozmente al tipo delgado; sólo disponía de escasos segundos antes de que el otro rodeara a sus compañeros caídos.

El larguirucho era bueno además de rápido; Rand había ofrecido oro para los mejores, y habían acudido. Era alto para ser andoreño, aunque Rand lo superaba en un palmo, pero la altura tenía poco que ver con la destreza para manejar una espada. A veces la fuerza sí, de modo que Rand lanzó contra él un ataque con toda su potencia; la alargada cara del hombre se puso tensa al tiempo que cedía terreno. *El jabalí baja corriendo la montaña* se descargó violentamente a través de *Partir la seda*, rompió *Rayo de tres púas*, y el manojo de palos atados que hacía las veces de cuchilla se estrelló duramente contra el lateral del cuello del hombre, que cayó exhalando un gruñido ahogado.

De inmediato Rand se zambulló de cabeza hacia la derecha, rodó sobre sí mismo y terminó el giro incorporado sobre las rodillas en las piedras del pavimento al tiempo que ejecutaba con la espada *El río socava la orilla*. El hombre de la cabeza rapada no era veloz, pero de algún modo había previsto la maniobra; y, mientras el arma de Rand pasaba rozando el prominente estómago del tipo, la espada de éste cayó con fuerza sobre la cabeza de Rand.

Rand se tambaleó un instante, sus ojos cegados por infinidad de motitas negras. Sacudió la cabeza en un intento de aclararse la vista y se apoyó en la espada de prácticas para ponerse de pie. Resollando, el hombre de la cabeza afeitada lo observaba con cautela.

—Págale —dijo Rand, y la expresión cauta del tipo se borró en su rostro.

Un recelo en balde; como si no hubiese prometido la paga extra de un día a cualquier hombre que se las ingeniera para alcanzarlo, y el triple a quien lo derrotase en un combate mano a mano. Era un modo de asegurarse de que nadie se refrenara para halagar al Dragón Renacido. Jamás preguntaba sus nombres; y, si se tomaban a mal esa omisión, mejor, si servía para que se esforzaran más. Quería adversarios para probar su preparación, no para hacer amigos. Llegaría el día en que los amigos

que tenía maldecirían la hora en que lo habían conocido, si es que no lo hacían ya. Los demás empezaban a moverse; un hombre «muerto» tenía que quedarse quieto donde había caído hasta que todo hubiese terminado, como el obstáculo que realmente representarían unos verdaderos cadáveres. Sin embargo, el hombre achaparrado tuvo que ayudar al de pelo canoso a levantarse, y él mismo tenía ciertas dificultades para mantenerse de pie. El tipo espigado torció la cabeza hacia un lado mientras hacía una mueca de dolor. Ese día no habría más prácticas.

—Págales a todos —ordenó Rand.

Una sarta de alabanzas y quedos aplausos sonó entre los espectadores situados en la columnata, lores y ladies vestidos con coloridos atuendos de seda, profusamente bordados y con numerosos galones. Rand hizo una mueca de desagrado y arrojó la espada de prácticas a un lado. Esos mismos nobles habían sido parásitos aduladores de lord Gaebriel cuando la reina Morgase, su soberana, era poco menos que una prisionera en ese palacio. Su palacio. Pero Rand los necesitaba. De momento. «Si aprietas la zarza te clavarás las espinas», se dijo. Esperaba que al menos fuera suyo ese pensamiento.

Sulin, la mujer nervuda de pelo blanco, cabecilla de su escolta de Doncellas Lanceras Aiel y de todas las Doncellas a este lado de la Columna Vertebral del Mundo, sacó un marco de oro de Tar Valon de la bolsita colgada del cinturón y la lanzó con una mueca despectiva que atirantó la fea cicatriz que le cruzaba una mejilla. A las Doncellas no les gustaba que Rand empuñara una espada, ni siquiera una de prácticas; no aprobaban ningún tipo de espada. Ningún Aiel lo hacía.

El hombre con la cabeza afeitada cogió la moneda en el aire y respondió a la intensa mirada de Sulin con una prudente inclinación de cabeza. Todo el mundo se mostraba prudente con las Doncellas, esas guerreras vestidas con chaquetas y polainas de tonos pardos y grises que se confundían con el inhóspito paisaje del Yermo. Algunas habían empezado a añadir tonalidades verdes para que estuviesen acordes con el entorno de lo que llamaban las tierras húmedas a pesar de la sequía. En comparación con el Yermo de Aiel seguían siendo húmedas; pocos Aiel habían visto una corriente de agua que no pudiesen cruzar de una zancada antes de salir del Yermo, donde se originaban sangrientas contien-das por disputarse charcas de dos o tres pasos de anchura.

Como cualquier otro guerrero Aiel, como las otras veinte Doncellas de ojos claros que había alrededor del patio, Sulin llevaba el cabello corto excepto una cola de caballo atada en la nuca. Portaba tres lanzas cortas y una adarga de cuero en la mano izquierda, así como un gran cuchillo en el cinturón. Como cualquier otro guerrero Aiel, hasta los de la

edad de Jalani, que con sus dieciséis años todavía tenía trazas de la redondez infantil en las mejillas, Sulin sabía muy bien cómo utilizar esas armas y las usaría a la menor provocación, al menos como lo entendía cualquier persona a este lado de la Pared del Dragón. Salvo ella, todas las Doncellas vigilaban a todo el mundo, todas las ventanas con sus celosías de piedra y balcones blancos, cada sombra. Algunas sostenían arcos cortos de hueso con las flechas encajadas, prestas para disparar, y más flechas asomaban por la boca de las aljabas que llevaban a la cintura. *Far Dareis Mai*, las Doncellas Lanceras, defendían el honor de su profetizado *Car'a'carn*, bien que en ocasiones lo hacían a su peculiar manera, y hasta la última de ellas moriría para salvarle a él la vida. La idea le revolvía la bilis a Rand.

Sulin siguió lanzando el oro con gesto despectivo —a Rand le complacía usar monedas de Tar Valon para saldar esta deuda—, una para cada uno de los que habían tomado parte en el entrenamiento. La mayoría de los hombres de las tierras húmedas les merecían a los Aiel una opinión casi tan mala como las espadas, y en eso entraba todo aquel que no hubiese nacido y crecido entre Aiel. Para gran parte de los Aiel, eso también habría incluido a Rand a pesar de su ascendencia Aiel, pero estaban los dragones de sus brazos. Uno de ellos lo señalaba como jefe de clan, ganado al arriesgar la vida en una prueba superada a fuerza de voluntad. Tener dos lo señalaba como el *Car'a'carn*, el jefe de jefes, El que Viene con el Alba. Y las Doncellas tenían otras razones para aceptarlo.

Los hombres recogieron espadas de práctica, camisas y chaquetas, le hicieron una reverencia y se volvieron para marcharse.

—Mañana —les gritó Rand—. Temprano.

Hubo otras reverencias más profundas como respuesta. Antes de que los hombres con el torso desnudo desaparecieran del patio, los nobles andoreños salieron de sus posiciones bajo la columnata y se arremolinaron alrededor de Rand como un arco iris de sedas y pañuelos con puntillas con los que enjugaban sus sudorosos rostros. Consiguieron que a Rand se le revoliera más la bilis. «Utiliza lo que tengas y a quien tengas que utilizar o deja que la Sombra cubra el mundo.» Aquello se lo había dicho Moraine. Rand casi prefería la franca y honrada oposición de los cairhieninos y los tearianos al comportamiento de esta gente. Casi lo hizo reír la idea de haber tildado de honrado lo que esas gentes hacían.

—Estuvisteis maravilloso —exclamó Arymilla mientras posaba suavemente una mano en su brazo—. Tan veloz, tan fuerte...

Los grandes ojos castaños de la mujer brillaban más apasionados que nunca. Aparentemente era lo bastante necia para considerarlo sensible a sus encantos: el vestido verde, cubierto de bordados de plata, tenía un

escote muy bajo para las costumbres andoreñas, lo que significaba que dejaba ver el inicio de los senos. Era bonita, pero sin duda tenía edad suficiente para ser su madre. Ninguna de las otras era más joven, y algunas incluso tenían más edad, pero todas competían en darle coba.

—Habéis estado magnífico, mi señor Dragón. —Elenia apartó a Arymilla casi a codazos. Aquella sonrisa resultaba chocante en el zorruno rostro de la rubia mujer; tenía reputación de harpía. Aunque no cuando estaba cerca de Rand, naturalmente—. No ha habido un espadachín como vos en toda la historia de Andor. Ni siquiera Souran Maravaile, que era el mayor general de Artur Hawkwing y esposo de Ishara, la primera en ocupar el Trono del León. Incluso él murió cuando se enfrentó a cuatro espadachines.

Rara vez perdía Elenia la ocasión de demostrar sus conocimientos sobre la historia de Andor, sobre todo en cosas respecto a las que se sabía muy poco, como la guerra que había dividido el imperio de Hawkwing a la muerte de éste. Al menos en esa ocasión no había añadido motivos que justificaran su aspiración al Trono del León.

—Sólo un poquito de mala suerte al final —agregó Jarid, el esposo de Elenia, con timbre jovial. Era un hombre robusto, atezado para ser andoreño. Bordados de volutas y jabalíes dorados, la enseña de la casa Sarand, cubrían los puños y los largos picos del cuello de su chaqueta roja, así como los leones blancos de Andor adornaban las mangas y el cuello alto del vestido de Elenia, igualmente de color rojo. Rand se preguntó si la mujer creía que él no sabría reconocer el verdadero significado de los leones. Jarid era Cabeza Insigne de su casa, pero la ambición y la energía que lo impulsaban se generaban en ella.

—Maravillosamente bien hecho, mi señor Dragón —dijo Karind sin rodeos. Su vestido gris satinado, de corte tan severo como su semblante pero recargado de cordoncillos de plata en las mangas y el repulgo, era muy acorde con las hebras que surcaban su cabello oscuro—. Sin duda debéis de ser el espadachín más diestro del mundo.

A despecho de sus palabras, su mirada impávida era como un martillazo. De haber tenido una inteligencia acorde con su dureza, habría resultado peligrosa.

Naeen era una bella mujer, delgada, de tez pálida con grandes ojos azules y lustroso cabello negro, pero la mirada despectiva que lanzó a los cinco hombres que se alejaban era un gesto permanente en ella.

—Sospecho que lo planearon de antemano para que así uno de ellos lograra golpearos. Se repartirán el dinero extra entre todos.

A diferencia de Elenia, la mujer vestida de azul, con el emblema de la Triple Llave de la casa Arawn bordado en plata a todo lo largo de las

mangas, jamás proclamaba su derecho al trono estando presente Rand. Simulaba sentirse satisfecha con su posición de Cabeza Insigne de una antigua casa, lo que era tanto como decir que una leona se conformaba con ser una gata casera.

—¿Acaso puedo contar con que mis enemigos no unan sus fuerzas? —inquirió quedamente Rand. Naeen abrió y cerró la boca con sorpresa; no era estúpida ni mucho menos, pero parecía pensar que quienes se le oponían tenían que caer fulminados en el momento que les hacía frente, y por lo visto lo tomaba como una afrenta personal cuando no ocurría así.

Una de la Doncellas, Enaila, pasó entre los nobles haciendo caso omiso de ellos y le tendió a Rand una toalla blanca para que se secase el sudor. Tenía el cabello de un vivo tono rojo y era baja para ser Aiel, de modo que la irritaba sobremanera el que algunas de estas mujeres de las tierras húmedas fuesen más altas que ella. La mayor parte de las Doncellas podían mirar a casi todos los hombres presentes sin tener que levantar la cabeza. Los andoreños también se esforzaron para hacer caso omiso de ella, pero resultó tan evidente el que miraran hacia cualquier otra parte que su intento acabó en un rotundo fracaso. Enaila se marchó como si aquellas personas fueran invisibles. El silencio se alargó unos cuantos segundos.

—Mi señor Dragón es muy sagaz —manifestó lord Lir al tiempo que hacía una breve reverencia y su frente se arrugaba con un leve ceño. La Cabeza Insigne de la casa Baryn vestía una chaqueta amarilla adornada con cordoncillos dorados y era esbelto como una hoja de espada e igualmente fuerte, pero excesivamente untuoso, demasiado melifluo. Nada salvo aquellos infrecuentes ceños alteraba su aparente displicencia, como si no fuera consciente de ese gesto, aunque no era el único que lanzaba miradas raras a Rand. En ocasiones todos contemplaban al Dragón Renacido que tenían entre ellos con pasmada incredulidad—. Los enemigos generalmente se unen más pronto o más tarde para actuar en equipo, y uno debe identificarlos antes de que tengan ocasión de hacerlo.

Más halagos a la sagacidad de Rand llegaron por parte de lord Hennen, un tipo recio, calvo y de mirada dura, así como por parte de lady Carlys, con sus rizos canosos, su rostro franco y su mente retorcida; y de la rellena Daerilla, con sus tontas risitas; y del nervioso Elegar, de labios finos; y de casi una docena de otros que habían mantenido la boca cerrada hasta que hubieron hablado los más poderosos.

Los nobles de menor categoría guardaron silencio tan pronto como Elenia volvió a abrir la boca.

—Siempre existe la dificultad de saber quiénes son los enemigos antes de que ellos mismos se den a conocer, y entonces ya es demasiado

tarde la mayoría de las veces —manifestó, a lo que su marido asintió en conformidad.

—Siempre digo —intervino Naean— que quien no me apoya está en mi contra. Ha resultado ser una buena regla. Quienes no se definen quizá aguarden a que les des la espalda para clavarte una daga.

No era la primera vez que intentaban asegurar sus posiciones lanzando sospechas sobre cualquier lord o lady que no mantuviera su misma postura, pero Rand habría querido poder cortar en seco sus comentarios diciéndoles que se callaran. Sus intentos de jugar el Juego de las Casas eran ridículos si se comparaban con las astutas maniobras de los cairhieninos o incluso de los tearianos, además de que conseguían irritarlo, pero no quería darles ciertas ideas todavía. Inesperadamente la ayuda llegó por parte del canoso lord Nasin, Cabeza Insigne de la casa Caeren.

—Otro Jearom —manifestó mientras exhibía una sonrisa obsequiosa que resultaba forzada en su descarnado y estrecho rostro. Atrajo sobre sí miradas exasperadas, incluso de los nobles de segunda fila, antes de que pudieran reprimirlas. Nasin parecía estar un tanto fuera de sus cabales desde que habían tenido lugar los acontecimientos que rodearon la llegada de Rand a Caemlyn. En lugar de la Estrella y la Espada, emblema de su casa, las solapas de la chaqueta azul pálido de Nasin estaban adornadas incongruentemente con flores, gotas de luna y nudos de amantes, y en ocasiones llevaba una flor en el ralo cabello, como un muchacho de campo que sale a cortejar. Sin embargo, la casa Caeren era demasiado poderosa para que ni siquiera Jarid o Naean le vieran de lado. La cabeza de Nasin se mecía arriba y abajo en el escuálido cuello—. Vuestra destreza con la espada es espectacular, mi señor Dragón. Sois otro Jearom.

—¿Para qué? —La pregunta resonó en el patio, poniendo un gesto agrio en los semblantes de los andoreños.

Davram Bashere ciertamente no era andoreño, con sus ojos rasgados, casi negros, una nariz ganchuda y un grueso y largo bigote que caía curvado alrededor de la ancha boca. Era delgado, un poco más alto que Enaila, y vestía una chaqueta corta de color gris, con bordados de plata en los puños y las solapas, y pantalones anchos remetidos por las botas, dobladas a la altura de las rodillas. Mientras que los andoreños habían observado el combate de pie, el mariscal de Saldaea había llevado a ras-tras un sillón dorado hasta el patio y se había arrellanado en él, con una pierna por encima de un reposabrazos y la espada, con recazo de aros, girada de manera que la empuñadura estuviese fácilmente a su alcance. Su atezado rostro brillaba por la transpiración, pero hacía tan poco caso de ello como de los andoreños.

—¿A qué os referís? —inquirió Rand.

—A todo esto de practicar con la espada —repuso Bashere sin inmutarse—. Y con cinco hombres. Nadie se entrena contra cinco oponentes. Es absurdo. Más pronto o más tarde acabaréis con los sesos esparcidos por el suelo en una refriega así, incluso con espadas de práctica, y sin motivo.

—Jearom derrotó a diez en una ocasión —adujo Rand, que tenía tensas las mandíbulas.

Bashere cambió de postura en el sillón y se echó a reír.

—¿Creéis que viviréis el tiempo suficiente para igualar al espadachín más grande de la historia? —Entre los andoreños se alzó un murmullo iracundo, una ira fingida, de eso no le cabía duda a Rand, pero Bashere hizo caso omiso—. Al fin y acabo, sois quien sois. —De repente, se movió como un muelle al soltarse, y la daga que desenvainó mientras se incorporaba salió volando directamente hacia el corazón de Rand.

Éste no movió un solo músculo. En lugar de ello, abrazó el *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera; fue cuestión de un segundo. El *Saidin* fluyó dentro de él como un torrente apestoso de metal fundido. Trató de aplastarlo, de arrastrarlo, y Rand aguantó el embate como un hombre manteniendo el equilibrio en lo alto de una montaña que se desploma. Encauzó un simple flujo de Aire que envolvió la daga y la frenó a tres palmos de su cuerpo. Estaba rodeado por el vacío, flotaba en medio de él, en la nada, todo pensamiento y emoción distantes.

—¡Muere! —gritó Jarid al tiempo que sacaba la espada y corría hacia Bashere.

Lir, Henren, Elegar y todos los lores andoreños tenían las espadas desenvainadas, incluso Nasin, aunque éste parecía a punto de dejarla caer. Las Doncellas se habían enrollado los *shoufa* en la cabeza de manera que los velos negros se alzaron y cubrieron sus rostros hasta los ojos azules o verdes mientras enarbolaban las lanzas de largas puntas; los Aiel siempre se velaban el rostro antes de matar.

—¡Alto! —gritó Rand y todo el mundo se quedó petrificado en el sitio; los andoreños parpadeaban desconcertados en tanto que las Doncellas se limitaron a quedarse plantadas de puntillas. Bashere no había hecho ningún otro movimiento aparte de volver a recostarse en el sillón, con la pierna echada sobre el reposabrazos.

Rand asió la daga suspendida en el aire y cortó el contacto con la Fuente. A pesar de la infección que se retorció en sus entrañas, la corrupción que acababa destruyendo a los hombres que encauzaban, desprenderse del *Saidin* resultaba difícil. Con el Poder dentro de él veía con mayor claridad, oía con más agudeza. Era una paradoja que no comprendía, pero cuando se encontraba flotando en ese vacío aparentemente ilimita-

do, con las sensaciones corporales y los sentimientos amortiguados de algún modo, la percepción de todos sus sentidos se intensificaba; sin el Poder se sentía sólo medio vivo. Y parte de la infección parecía quedarse dentro de él, pero no la mitigadora gloria del *Saidin*. La mortal gloria que lo mataría si vacilaba un ápice en su lucha contra ella.

Girando la daga en sus manos caminó lentamente hacia Bashere.

—Si hubiese reaccionado una fracción de segundo más tarde ahora estaría muerto —dijo suavemente—. Podría mataros donde estáis sentado, y ninguna ley de Andor o de cualquier otra parte diría que había hecho mal. —Cayó en la cuenta de que estaba dispuesto a hacerlo. Una fría cólera había reemplazado el hueco dejado por el *Saidin*. El que se conociesen desde hacía unas pocas semanas no ponía a cubierto al saldaenino por un acto así.

Los rasgados ojos del mariscal exteriorizaban tanta calma como si se encontrase arrellanado en su propia casa.

—A mi esposa no le gustaría eso. Ni a vos, dicho sea de paso. Seguramente Deira se pondría al mando y reemprendería la persecución de Taim. No aprueba mi acuerdo con vos de apoyaros.

Rand sacudió ligeramente la cabeza, suavizada su ira un tanto por la calmada compostura del hombre. Y por sus palabras. Había sido una sorpresa enterarse que entre los nueve mil jinetes saldaeninos de Bashere todos los nobles habían traído a sus esposas, así como también la mayoría de los otros oficiales. Rand no comprendía cómo podía un hombre meter a su esposa en peligro, pero era una tradición en Saldaea, excepto cuando se iba de campaña al interior de La Llaga.

Evitó mirar a las Doncellas. Eran guerreras de la cabeza a los pies, pero también mujeres. Y les había prometido no mantenerlas lejos del peligro, aunque fuese de muerte. Pero no había prometido no sentir angustia por ello, y cuando llegaba el momento de ordenarles algo peligroso sentía como si se desgarrase por dentro, pero cumplía sus promesas. Hacía lo que debía hacer aun cuando se odiase por ello. Soltó un suspiro y arrojó la daga a un lado.

—¿Por qué hicisteis esa pregunta? —inquirió educadamente.

—Porque sois quien sois —repuso lisa y llanamente Bashere—. Porque vos, y supongo que también esos hombres que estáis reuniendo, sois lo que sois. —Rand sintió que a su espalda se movían pies con inquietud; por mucho que lo intentaran los andoreños jamás podrían ocultar su horror ante esa amnistía—. Podéis repetir lo que hicisteis con la daga todas las veces que sea preciso —continuó Bashere mientras bajaba la pierna apoyada en el reposabrazos y se echaba hacia adelante—, pero para que cualquier asesino llegue hasta vos antes tiene que salvar la guar-

dia de vuestras Aiel. Y de mis jinetes, dicho sea de paso. Si algo consigue llegar cerca de vos, no será humano. —Extendió las manos y volvió a recostarse en el sillón—. En fin, si queréis practicar con la espada, adelante. Un hombre necesita hacer ejercicio. Y relajarse. Pero sin que acabéis con el cráneo roto. Es mucho lo que depende de vos, y no veo por aquí ninguna Aes Sedai que pueda realizaros una Curación. —El bigote casi ocultó su repentina sonrisa—. Además, si morís no creo que nuestros amigos andoreños mantengan su cálida acogida hacia mí y mis tropas.

Los andoreños habían envainado las espadas, pero sus ojos permanecieron clavados en Bashere con expresión malévola. Y no porque hubiese estado a punto de matar a Rand. Por lo general guardaban buenos modales hacia Bashere, a pesar de que era un general forastero con un ejército forastero en territorio andoreño. El Dragón Renacido quería que Bashere estuviese allí, y aquella pandilla le habría sonreído a un Myrddraal si así lo hubiese querido Rand. Pero si éste se volvía contra él... Entonces ya no hacía falta disimular. Eran buitres que habían estado dispuestos a alimentarse con Morgase antes de que muriera, y harían lo mismo con Bashere si se les daba la más mínima oportunidad. Y con Rand. Éste tenía unas ganas locas de librarse de ellos, de perderlos de vista.

«El único modo de vivir es morir.» La idea acudió a su mente de manera repentina. Le habían dicho eso en una ocasión y de un modo que no pudo menos de creerlo, pero la idea no era suya. «Debo morir. Sólo merezco la muerte.» Le dio la espalda a Bashere mientras se aferraba con fuerza la cabeza.

El mariscal se incorporó al instante y agarró el hombro a Rand aunque le quedaba a la altura de la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Es que ese golpe os ha abierto realmente la cabeza?

—Me encuentro bien. —Rand bajó las manos; nunca había dolor en esta situación, sólo la conmoción de tener los pensamientos de otro hombre en el interior de su cerebro.

Bashere no era el único que lo observaba. Casi todas las Doncellas lo miraban tan atentamente como vigilaban el patio, sobre todo Enaila y la rubia Somara, la más alta de ellas. Esas dos seguramente le llevarían alguna clase de tisana tan pronto como hubiesen acabado su turno de servicio y no dejarían de darle la lata hasta que se la tomara. Elenia, Naeon y los demás andoreños respiraban agitadamente, agarrando prietamente chaquetas y faldas, observando a Rand con los ojos muy abiertos por el miedo de quien quizá estaba viendo los primeros síntomas de locura.

—Me encuentro bien —dijo a todos los presentes en el patio. Sólo las Doncellas se tranquilizaron, y Enaila y Somara no mucho.

A los Aiel no les importaba «el Dragón Renacido»; para ellos Rand era el *Car'a'carn*, el que —según estaba profetizado— los uniría y los destruiría. Se lo tomaban con calma, aunque también les preocupaba, y al parecer el hecho de que encauzara y todo lo que conllevaba también lo tomaban con calma. Los demás —«los de las tierras húmedas», pensó secamente— lo llamaban el Dragón Renacido y nunca se planteaban lo que tal cosa significaba. Creían que era la reencarnación de Lews Therin Telamon, el Dragón, el hombre que había sellado el agujero abierto en la prisión del Oscuro y que había puesto fin a la Guerra de la Sombra hacía más de tres mil años. Y que también había acabado con la Era de Leyenda, cuando el último contraataque del Oscuro infectó el *Saidin* y todos los hombres capaces de encauzar empezaron a volverse locos, empezando por el propio Lews Therin y sus Cien Compañeros. Lo llamaban Rand el Dragón Renacido sin sospechar en ningún momento que una parte de Lews Therin podía estar dentro de su cabeza, tan demente como el día en que había dado inicio a la Época de Locura y al Desmembramiento del Mundo, tan demente como cualquiera de esos Aes Sedai varones que habían cambiado la faz del mundo hasta dejarlo irreconocible. Lo había comprendido poco a poco; pero, cuanto más aprendía Rand sobre el Poder Único y más fuerte se hacía con el *Saidin*, más fuerte se volvía la voz de Therin y con más ahínco tenía que luchar Rand para impedir que los pensamientos de un hombre muerto se apoderasen de él. Ésa era una de las razones por las que le gustaba practicar con la espada; la ausencia de pensamientos era una barrera para conservar su propia identidad.

—Hay que encontrar una Aes Sedai —murmuró Bashere—. Si esos rumores son ciertos... Así la Luz me ciegue los ojos, ojalá no hubiese dejado que aquélla se marchara.

Mucha gente había huido de Caemlyn en los días siguientes a que Rand y los Aiel tomaran la ciudad; el propio palacio casi quedó vacío de la noche a la mañana. Había personas que a Rand le habría gustado encontrar, gente que lo había ayudado, pero todos desaparecieron. Todavía había algunos que se escabullían. Una de las que huyeron en esos primeros días fue una Aes Sedai, lo bastante joven para que en su rostro no se viera la habitual intemporalidad de sus iguales. Los hombres de Bashere mandaron aviso cuando la encontraron en una posada, pero cuando se enteró de quién era Rand echó a correr chillando. Literalmente chillando. Rand nunca descubrió a qué Ajah pertenecía. Se rumoreaba que había otra en la ciudad, pero en la actualidad corrían cientos, miles de rumores por Caemlyn, todos ellos inverosímiles, así que no parecía probable que ninguno de ellos los condujera a una Aes Sedai. Las patrullas Aiel habían avistado algunas que iban de paso por Caemlyn,

todas encaminándose con prisa a alguna otra parte y ninguna de ellas dispuesta a entrar en una ciudad ocupada por el Dragón Renacido.

—¿Podría confiar en cualquier Aes Sedai? —preguntó Rand—. Además, sólo era un dolor de cabeza. No la tengo tan dura como para que no me duela un poco si le dan un golpe.

Bashere resopló sonoramente y con bastante fuerza para agitar su espeso bigote.

—Tengáis más o menos dura la cabeza, antes o después tendréis que confiar en las Aes Sedai. Sin ellas nunca reuniréis a todas las naciones bajo vuestro mando a no ser conquistándolas. La gente mira mucho esas cosas. Por muchas que sean las Profecías que hayan oído que habéis cumplido, muchos esperarán hasta que las Aes Sedai estampen su sello sobre vos.

—En cualquier caso no podré eludir la lucha y vos lo sabéis —adujo Rand—. Los Capas Blancas no me darán la bienvenida en Amadicia aunque Ailron accediese, y desde luego Sammael no renunciará a Illian sin ofrecer resistencia. —«Sammael y Rahvin y Moghedien y...» Tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para apartar la idea de su mente. No era fácil. Acudían sin advertencia y nunca resultaba fácil.

Un golpe sordo lo hizo mirar hacia atrás. Arymilla estaba desplomada en las piedras del pavimento. Karind se había arrodillado para bajarle las faldas y frotarle las muñecas. Elegar se tambaleaba como si en cualquier momento fuera a unirse con Arymilla en el suelo, y ni Nasin ni Elenia parecían encontrarse en mejor estado. Casi todos los demás daban la impresión de estar a punto de vomitar. La mención del Renegado podía causar esa reacción, sobre todo desde que Rand les había dicho que el tal lord Gaebriel en realidad era Rahvin. No estaba seguro de hasta qué punto le creían, pero sólo considerar la posibilidad bastaba para debilitar las rodillas de muchos. Lo que los conmocionaba era preguntarse por qué seguían vivos. Si Rand sospechara que habían servido a Rahvin sabiendo quién era... «No —pensó—. Si lo hubiesen sabido, si todos fueran Amigos Siniestros, aun así los utilizarías.» A veces sentía tanto asco de sí mismo que estaba más que dispuesto a morir.

Al menos él estaba diciendo la verdad. Las Aes Sedai intentaban guardar en secreto que los Renegados estaban libres; temían que hacerlo público ocasionara más caos y pánico. Por el contrario Rand trataba de difundir la verdad. Puede que la gente sintiera pánico, pero dispondría de tiempo para recuperarse. Haciéndolo al modo de las Aes Sedai, el descubrimiento de la verdad y el pánico podrían llegar demasiado tarde para poder recuperarse. Además, la gente tenía derecho a saber a lo que se enfrentaba.

—Illian no aguantará mucho tiempo —dijo Bashere. Rand volvió la

cabeza hacia él velozmente, pero el mariscal era un soldado demasiado experimentado para decir en público lo que no debía oírse. Sólo estaba cambiando el tema de conversacion para que olvidaran a los Renegados. Aunque si éstos, o cualquier otra cosa, ponían nervioso a Davram Bashere Rand, no lo había advertido hasta entonces—. Illian se resquebrajará como una nuez partida por un martillo.

—Mat y vos discurrísteis un buen plan. —La idea básica había sido suya, pero Mat y Bashere habían proyectado los mil y un detalles que harían que resultase. Mat más que Bashere.

—Un joven interesante, ese Mat Cauthon —musitó el mariscal—. Estoy deseando volver a hablar con él. Nunca ha mencionado con quién se ha instruido. ¿Con Agelmar Jagad? He oído que los dos estuvisteis en Shienar.

Rand guardó silencio. Los secretos de Mat le pertenecían a él; además, Rand no estaba seguro de que en realidad fueran de su amigo. Bashere ladeó la cabeza mientras se rascaba un lado del bigote con el dedo.

—Es joven para haber estudiado con cualquiera —continuó— Es de vuestra edad. ¿Encontró alguna biblioteca en alguna parte? Me gustaría echar un vistazo a los libros que ha leído.

—Tendréis que preguntarle a él —repuso Rand—. Yo no lo sé.

Suponía que Mat debía de haber leído un libro en alguna ocasión, en alguna parte, pero a su amigo no le interesaban mucho los libros. Bashere se limitó a asentir. Cuando Rand no deseaba hablar de algo, por lo general el saldaenino lo dejaba estar. Por lo general.

—La próxima vez que hagáis una escapada a Cairhien, ¿por qué no os traéis a la hermana Verde que está allí? Egwene Sedai, según creo. He oído a los Aiel hablar de ella; afirman que es de vuestro pueblo natal. En ella sí podríais confiar, ¿no?

—Egwene tiene otras obligaciones. —Rand se echó a reír. Así que una hermana Verde. Si Bashere supiera...

Somara apareció al lado de Rand llevando la camisa de lino y la chaqueta, una prenda de fina lana roja de corte andoreño, con dragones en los largos picos del cuello y apretadas hojas de laurel en las solapas y los costados de las mangas. Era alta incluso para la media Aiel, quizá menos de un palmo más baja que él. Como las demás Doncellas, también se había bajado el velo, pero el *shoufa* pardusco todavía le cubría la cabeza y el cuello.

—El *Car'a'carn* se cogerá un resfriado —rezongó.

Rand lo dudaba. Puede que a los Aiel este calor no les pareciese nada fuera de lo normal, pero a él volvía a correrle el sudor casi tan copiosamente como cuando estaba practicando con la espada. Aun así, se metió la camisa por la cabeza y la remitió entre los pantalones, aunque no

anudó los lazos, y a continuación se puso la chaqueta. No creía que Somara se atreviese a ponerle la ropa delante de los demás, pero de este modo se ahorra sermones de ella y de Enaila y puede que alguna más de las otras, así como una tisana.

Para casi todos los Aiel era el *Car'a'carn*, y lo mismo rezaba para las Doncellas. En público. A solas con estas mujeres que habían elegido rechazar el matrimonio y el hogar en favor de la lanza, las cosas se volvían más complicadas. Suponía que podría ponerle fin —tal vez— pero se sentía obligado a no hacerlo; se lo debía. Algunas ya habían muerto por su causa y morirían más —¡lo había prometido, así la Luz lo abrasara por ello!— y, si podía dejarlas que hicieran eso, también podía dejarlas hacer todo lo demás. El sudor empapó la camisa de inmediato y empezó a dejar marcas oscuras en la chaqueta.

—Necesitáis a las Aes Sedai, al'Thor —insistió Bashere.

Rand confiaba en que fuese la mitad de tenaz a la hora de luchar; tal era la reputación del mariscal, pero sólo disponía de la reputación de este hombre y de unas cuantas semanas.

—No podéis permitiros el lujo de tenerlas en contra —continuó Bashere—. Y, aunque no lo estuviesen, pensad al menos que tienen unas cuantas cuerdas atadas a vos y podrían ir por ahí. Las Aes Sedai se valen de mañas y uno nunca sabe qué harán o por qué.

—¿Y si os digo que hay cientos de Aes Sedai dispuestas a apoyarme? —Rand se dio cuenta de que los andoreños estaban escuchando; debía tener cuidado de no hablar demasiado. Y no es que supiese mucho. Lo que sabía probablemente era exageración y esperanza. Ciertamente dudaba que fueran «cientos», insinuara lo que insinuara Egwene.

Bashere estrechó los ojos.

—Si es que viene una delegación de la Torre se me debería informar para así... —Su tono de voz bajó a un susurro—. ¿La escisión? ¿De verdad la Torre se ha dividido?

Lo dijo como si no pudiese creer las palabras que salían de su boca. Todo el mundo sabía que Siuan Sanche había sido depuesta de la Sede Amyrlin y que la habían neutralizado. Y ejecutado, de dar crédito a los rumores. Empero, para la mayoría de la gente una escisión en la Torre sólo eran conjeturas que muy pocos creían. La Torre Blanca había permanecido unida, como un monolito elevado sobre los tronos, durante tres mil años. Pero el saldaenino era un hombre que tomaba en cuenta todas las posibilidades. Cuando continuó lo hizo en un apagado murmullo y se acercó más a Rand para que los andoreños no pudiesen escucharlo:

—Las rebeldes deben de estar dispuestas a apoyaros. Podrías alcanzar un acuerdo más ventajoso con ellas, ya que os necesitan tanto como

vos a ellas y puede que más. Pero las rebeldes, aunque sean Aes Sedai, no tendrán tanto peso como la Torre Blanca. Ciertamente no con ninguna corona. El pueblo llano puede que no comprenda la diferencia, pero los reyes y las reinas sí.

—Siguen siendo Aes Sedai —repuso Rand en un tono igualmente bajo—, sean rebeldes o no.

«Y estén donde estén —pensó, desabrido—. Aes Sedai... Siervos de Todos... la Antecámara de los Siervos se ha roto... roto para siempre... roto... Ilyena, amor mío...» Rechazó violentamente los pensamientos de Lews Therin. En realidad a veces le habían sido útiles al darle información que necesitaba, pero estaban cobrando demasiada fuerza. Si tuviese una Aes Sedai allí —una Amarilla; eran las más diestras con la Curación—, tal vez podría... Había habido una Aes Sedai en la que había confiado, aunque no hasta poco antes de que muriese. Y Moraine le había dejado escrito un consejo sobre las Aes Sedai, sobre cualquier mujer que llevara el chal y el anillo.

—Jamás confiaré en ninguna Aes Sedai —dijo en voz queda, raspasa—. Las utilizaré porque las necesito, pero de la Torre o rebeldes sé que tratarán de utilizarme, porque eso es lo que hacen las Aes Sedai. Nunca confiaré en ellas, Bashere.

El saldaenino asintió lentamente.

—Entonces utilizadlas, si podéis. Pero recordad esto: nadie resiste mucho tiempo siguiendo el camino que ellas marcan. —De repente soltó una carcajada—. Artur Hawkwing fue el primero y el último que lo logró, que yo sepa. Así la Luz abraza mis ojos, quizá vos seáis el segundo.

El sonido de unas botas anunció la llegada de alguien al patio, uno de los hombres de Bashere, un tipo joven de hombros fornidos y nariz afilada, un palmo más alto que su general, con una espesa y brillante barba negra y un bigote igualmente denso. Caminaba como quien está más acostumbrado a la silla de montar que a sus propios pies, pero movió con fácil desenvoltura la espada que llevaba a la cadera cuando hizo una reverencia, más a Bashere que a Rand; puede que el mariscal acatara las decisiones del Dragón Renacido, pero Tumad —Rand creía que se llamaba así, Tumad Ahzkan— obedecía las órdenes de Bashere. Enaila y otras tres Doncellas clavaron los ojos en el recién llegado; no se fiaban de ningún habitante de las tierras húmedas que se acercase al *Car'a'carn*.

—Un hombre se ha presentado en las puertas —informó Tumad con aire intranquilo—. Dice que... que es Mazrim Taim, milord Bashere.